

logré al cabo libertarme;
y volver, vasallos míos,
á vuestros leales brazos,
con los que, y con el auxilio
de Dios, que misericordia
empieza á ejercer conmigo,
conseguiré prontamente
restaurar el poderío
de Aragon; y con mi nombre
cegar el horrendo abismo,
á cuyo borde pendiente
nuestra amada patria miro.
Juzgo, valiente Torrellas,
juzgo, infanzones altivos,
juzgo, aragoneses bravos,
juzgo, vasallos queridos,
que quedareis satisfechos,
con mi relato prolijo,
de que tardanza tan grande
en acudir al peligro
de mi patria y de mi trono,
no fué en vuestro rey delito,
sino voluntad del cielo
por sus ocultos designios.

TORREL. Pues que tal rey nos devuelve,
á nuestros votos propicio,
corramos á Zaragoza
para publicarlo á gritos.
¡Viva el grande don Alonso!
¡El rey viva!

TODOS. ¡Viva!

TORREL. Amigos,
no perdamos ni un momento.

TODOS. Viva Alonso largos siglos.
(*Vanse Torrellas y todos los que salieron con él.*)

ANTON. A nuestro amo acompañemos.

BERRIO. Si es que el rey nos da permiso.

D. LOPE. Sí, marchad.

(*Vanse Anton, Rita, Sancha, Berrio y los villanos.*)

También vosotros
(*A los cuatro caballeros de su séquito.*)

encaminaos al castillo
con tan venturosas nuevas,
que yo en el momento os sigo.

(*Vanse los caballeros.*)

Así que todos desaparecen, D. Lope, fatigado y abatido, mira tristemente á Mauricio, recoge la ropa de peregrino y se la vuelve á poner lentamente.

D. LOPE. ¡Válgame Dios!

MAUR. ¿Qué os aflige
en tan venturoso día...?
Yo estoy loco de alegría,

la fortuna nos dirige
por el camino más llano
al eminente dosel;
y vais á ser vos en él
de la España soberano.

D. LOPE. Es verdad.

MAUR. El buen Torrellas
incauto tragó el anzuelo,
y hoy con sus brazos de un vuelo
nos encumbra á las estrellas.

D. LOPE. Al punto le conocí.

MAUR. Y el pobrete alucinado
creyó muy entusiasmado
ver á don Alonso en tí. (*Se rie.*)

Mas le hablasteis de manera,
el engaño reforzando
y el tono de rey tomando,
que hasta yo casi os creyera.
Unisteis á la verdad
de las aventuras nuestras,
con expresiones tan diestras,
con tal naturalidad
del emperador el nombre,
y los recuerdos fingisteis

con tanto primor, que fuisteis
más un demonio que un hombre.
Los planes que concebimos
en Malta entre las cadenas,
y que cual sueños apénas
en nuestra mazmorra urdimos,
cumplido efecto tendrán:
tendránlo sin duda alguna,
pues ocasion y fortuna
en nuestro favor están.

De ese rey que murió en Fraga,
debió de ser, vive Dios,
su semejanza con vos
muy grande, para que haga
efecto tan importante.

Animo, pues, y osadía...
Pero ¿qué melancolía
ofusca vuestro semblante?

D. LOPE. (*Muy abatido.*)

Entre aquestos infanzones
esperé ver á mi hijo,
y de su ausencia me aflijo
por poderosas razones.

MAUR. ¿No os pudierais de él fiar,
si no es posible engañarle?

D. LOPE. La trama manifestarle
fuera mucho aventurar.
Además... os lo confieso,
al cabo noble nació,
y un remordimiento en mí...

MAUR. (*Incomodado.*)

¿Perdiste, don Lope, el seso?

D. LOPE. Lo he recobrado más bien.

Hay cosas que desde léjos
tienen hermosos reflejos;
mas cuando cerca se ven
se conoce lo que son,
y tan viles, que se afronta
quien las juzgó de gran cuenta
llevado de una ilusion.

Desde que puse en España
con este intento los piés,
cada día mayor es
el tedio que me acompaña.
Y al recordar quién fui yo
en mi patria, y lo que soy,
de mí avergonzado estoy,
cual siempre lo está el que erró.

¿Yo, espejo de la lealtad,
ser un traidor alevoso...?
¿ser fingido y mentiroso
yo, sol puro de verdad...?
¿Yo impostor...? ¡Ah! me confundo.

MAUR. ¿Con escrúpulos andais,
cuando caminando vais
al primer trono del mundo?

D. LOPE. Mauricio, sentado en él,
besando el orbe mi planta,
veré atado á mi garganta
ignominioso cordel.

MAUR. (*Con sonrisa amarga.*)
Sólo volviendo el pié atrás,
no entre sueños y quimeras,
sino en la horca y muy de veras
esa lazada tendrás.

No puedes retroceder
del camino que emprendiste;
pues ya en él el pié pusiste
terminarlo es menester.

D. LOPE. (*Profundamente agitado.*)

Si, concluiré la carrera,
sí, saciaré mi ambicion;
pero un noble corazon
tiene la voz muy severa.

MAUR. Compon, amigo, el semblante,
que aquí tornan los villanos.
Desecha escrúpulos vanos,
y adelante.

D. LOPE. (*Muy abatido.*)

Sí, adelante.

Sale BERRIO y se detiene como asustado.

BERRIO. ¡Ay! que el sayo se encajó,
y así me da mucho miedo.

MAUR. Hola, mozo.

BERRIO. (*Turbado.*) ¿Llegar puedo?

MAUR. ¿Con respeto, por qué no?
¿Quisieras servir al rey?

BERRIO. (*Tomando confianza.*)

Para guardar sus cochinos,
sus ovejas, sus pollinos,
unas vacas, y algun buey,
que es de lo que sirvo á Anton,
quisiera, pues la soldada
mejor y más bien pagada
será, y buena la racion.

MAUR. (*Animándolo.*)

De soldado has de servir,
como valiente vasallo,
con una lanza, á caballo.

BERRIO. Fuera cosa de reir.
¡Estuviera buen muchacho...!
á pié sería mejor,
que soy mal cabalgador,
y voy hecho un mamarracho.

MAUR. Bien está.

BERRIO. ¿Y me casaré
con Sancha?

MAUR. Sí, y puede darte
el rey de dote una parte
de despojos.

BERRIO. Despo... ¿qué?

MAUR. De botin.

BERRIO. Dos necesito,
porque con estas albarcas
se anda mal entre las charcas,
tras del morueco maldito.

MAUR. Todo lo tendrás; ven, pues,
al castillo.

BERRIO. Con licencia
de vuestra gran Reverencia,
iré con Sancha despues.
Que allí para hilar estopa
y sazonar el puchero,
servirá á este caballero,
y para lavar la ropa. (*Vase.*)

MAUR. ¿Qué villano tan sencillo!

D. LOPE. Pues estos nos dan la fuerza,
no hay sin ellos quien la ejerza.
Vamos, que es tarde, al castillo. (*Vanse.*)

ESCENA II

Salon régio del alcazar de Zaragoza, con dosel. Salen D.ª ISABEL y TORRELLAS

D.ª ISA. ¡Ay cuánto don Pedro tarda...!
justamente en la ocasion
en que con tanta razon
y tal inquietud le aguarda
mi afanoso corazon.

(*Mira á la puerta con inquietud.*)

Hoy que debe amante ufano
de nuestra reina el permiso
demandar, como es preciso

para conseguir mi mano,
¿por qué ha de andar tan remiso?
Que mi padre esta mañana
salió á caza, le avisé,
y amorosa le esperé
del jardín en la ventana:
mas ¡ay! á verme no fué.

(*Se pasea con inquietud.*)
Dios me valga.—Desde el día
que apareció este impostor
todo es sospecha y temor,
todo afán el alma mía,
todo recelos mi amor.
Mi padre anda de continuo
de mil dudas agitado,
don Pedro desatentado
maldiciendo al peregrino,
y todo el reino alterado.

(*Vuelve á pasear agitada.*)
Que se retarde me temo
mi boda. Y aun temo más,
pues la discordia quizás
llegue á un doloroso extremo
que no recelé jamás;
al de enemistar ¡ay Dios!
á mi padre y á mi amado;
pues el calor me ha asustado
con que disputan los dos,
sobre ese impostor malvado. (*Llora.*)

Sale D. PEDRO LOPEZ DE AZAGRA.

D. PED. Hermosísima Isabel,
deidad pura á quien adoro,
mi único bien, mi tesoro,
rendido tu amante fiel...
Pero ¿por qué es ese lloro?
¿Por qué á tu mustio semblante
dan, sin luz, los bellos ojos
esas perlas por despojos,
y á tu seno palpitante...?
¿Quién causa, dí, tus enojos?
(*Con gran ternura é interés.*)
¿Tú afligida, encanto mio...?
¿Qué ofensas lloras, mi bien?
De mi afán lástima ten,
pues me pierdo y desvario.
¿Quién causa tu pena, quién?

D.ª ISA. (*Afligida.*)
Vos, don Pedro.

D. PED. ¿Yo... señora?

D.ª ISA. ¿No os avisé esta mañana
de que sola, en mi ventana...?
Pues allí pasé una hora.

D. PED. No me condeneis tirana.

D.ª ISA. Y en el prefijado día

para pedir la licencia,
con tan tibia diligencia
retardar...

D. PED. A eso venia,
para eso pedí esta audiencia.
Y escuchadme una disculpa
tan grande, dueño querido,
que dejará convencido
vuestro amor de que la culpa
de tal falta no he tenido.
La tremenda agitacion,
que en todo el reino ha causado
de ese embustero malvado
la impensada aparicion,
á Zaragoza ha llegado.
Y como sobran traidores
de osadía y ardimiento,
á mi obligacion atento,
de aquestos alrededores
no me aparté ni un momento.
Que cuando pelagra el trono
legítimo, es justa ley
darlo todo al abandono,
y vigilar en su abono:
que ántes que todo es el rey.

D.ª ISA. (*Conmovida.*)

¡Oh don Pedro...!

D. PED. Isabel mía,
tu mano no mereciera,
si tan pura y fiel no fuera
de mi pecho la hidalguía,
y mi lealtad tan sincera.
Y cuando llego anhelante
de nuestra reina á pedir,
para nuestra suerte unir,
el permiso, más amante
os quisiera ver y oír.
Que ese llanto y afliccion,
en el venturoso día
en que ya nombraros mia
podré, dulce dueño, son
verdugos de mi alegría.

(*Siguen hablando entre st.*)

(*Aparece LA REINA separando con recato
las cortinas de una puerta que habrá
al fondo ó al lado izquierdo de la esce-
na; desde allí sin avanzar, dice:*)

REINA. (*Aparte.*) ¡Oh cielos...! Azagra allí
enamorado á Isabel.

¡Qué noble, gallardo y fiel!

¡Desventurada de mí!

D. PED. (*A doña Isabel sin que hayan reparado
en la reina.*)

¿Quedais contenta, cruel?

D.ª ISA. Tiene vuestro dulce acento
y tiene vuestra presencia
conmigo tal influencia,
que disipan al momento
los fantasmas de la ausencia.
Y si porque fiel servisteis
á la reina, habeis faltado
á verme, y apresurado
á pedir ahora vinisteis
el permiso deseado;
las dudas de mi amargura
se disipan, y renacen
las esperanzas, que hacen
de mi pecho la ventura,
y que mi alma satisfacen.
(*Siguen hablando entre st con extremos
de ternura.*)

REINA. (*Aparte desde la puerta.*)

¡Cuán felices...! ¡Y cuánta es mi amargura,
que lo adoro tambien, y él no lo sabe;
porque en mi excelsa posicion no cabe
declarar á un vasallo tierno amor!
Y aunque lo declarára, ¿por ventura
lo pudiera inspirar...? ¡Terrible suerte!
Es más terrible que la misma muerte
de amar sin esperanzas el dolor.

D. PED. (*Arrojándose trasportado de amor á los
pies de doña Isabel.*)

¡Ah! dejad que á vuestra planta,
pues tan dichoso me veo,
alma y vida por trofeo
os rinda, y que os pague tanta
ventura como hoy poseo.

(*La toma una mano.*)

Y que mi labio leal
temple el fuego celestial
de la pasion que os consagra,
en la mano de cristal... (*Se la besa.*)

*Sale LA REINA apresurada. Doña Isabel
da un paso atrás sorprendida, y don
Pedro se levanta, retira, y queda en la
mayor confusion.*

D.ª ISA. ¡Cielos!

REINA. (*Indignada, y poniéndose entre los dos.*)

¡Isabel...! ¡Azagra!

De que en mi cámara estais
os olvidasteis sin duda.

(*Pausa.*)

Isabel, ¿te has vuelto muda...?

Azagra, ¿no contestais?

D.ª ISA. (*Confundida.*)

Señora...

D. PED. (*Hincando una rodilla.*)

Vuestra piedad

imploro si os ofendí,
cuando humilde llego aquí...

REINA. (*Mas templada.*)

¿Con qué intento, Pedro...? Alzad.

D. PED. (*Levantándose.*)

Una gracia á suplicaros,
para mí de gran ventura,
la que mi dicha asegura.

REINA. Ya tardais en explicaros.

D. PED. De doña Isabel Torrellas
la nobleza y gallardía
abrasan el alma mia,
que así plugo á las estrellas.

REINA. Ya lo ví. (*Aparte.*) Mal me reprimo.

D. PED. Y como en ilustre cuna,
y en los dones de fortuna
su igual en todo me estimo;
vuestra régia aprobacion
para casarme, señora,
mi rendido amor implora.

REINA. (*Mortificada.*)

Y en oportuna ocasion.
¿De su padre teneis ya
para ese enlace el permiso?

D. PED. Mi lealtad el vuestro quiso
tener ántes.

REINA. (*Con severidad.*)

Bien está.

Id, y que en estos salones
tengan al momento entrada
á la reunion convocada
ricos-hombres é infanzones.
Que hoy de livianas materias
no me puedo yo ocupar,
cuando hay que determinar
sobre cuestiones tan sérias.
Id pues.

D. PED. (*Aparte.*) ¡Pese á mi destino!

(*Hace una profunda reverencia y vase.*)

REINA. (*Acercándose á doña Isabel con bondad
y cariño.*)

¿Por qué lloras, Isabel...?
¿Estás tan prendada de él...?
Será un amante muy fino.

D.ª ISA. (*Turbada.*)

Señora...

REINA.

Tu amiga soy:
enjuga, Isabel, el llanto.
No hay motivo para tanto,
y afligida al verte estoy.
No era oportuno el momento,
y nada os negué, además.

(*Pausa.*)

¿Há mucho tiempo quizás
que tratais el casamiento?

D.ª ISA. Señora, hace ya tres años.